



PERIODICO PARA TODOS

Administración:
CH 1236 CARTIGNY/GE
Suiza

PUBLICACION QUINCENAL

Subscripciones
Suiza, 1 año . . . Fr. 5.--
Otros países . . . \$ 3.--

La maravillosa armonía de la ley divina

Exposición del Mensajero del Eterno

EN el maravilloso plan de amor del Eterno, está mencionado que el gran Dios de los cielos conoce todo de antemano y lo dirige de una manera gloriosa y sublime; también ha conocido a cada uno de sus queridos hijos. Él ha preconocido a todos los que tendrían un corazón para comprender y oídos para oír la voz amable del buen Pastor. Naturalmente, ha conocido también a la gran compañía, así como al Ejército del Eterno. Lo ha preconocido todo, e incluso a cada uno de los miembros del pequeño rebaño personalmente, antes de haber existido en la tierra.

Como lo declaraba el apóstol Pedro, Dios había predestinado también al Cordero de Dios a ser el Salvador del mundo. Por eso, cuando nuestro querido Salvador vino a la tierra, el ángel del Eterno se le apareció a José y le dijo: "Llamarás su nombre Jesús", porque Jesús significa Salvador.

Este es también el nombre que hemos de llevar como miembros del cuerpo de Cristo. Ahora, si nos representamos exactamente lo que esto significa, es preciso reconocer que a cada uno le quedan aún pasos fantásticos que dar para que este nombre sea en él una realidad, y que lo lleve dignamente.

En toda la creación del Eterno no hay nada separado, ni elementos dispersos. El universo forma un todo cuyos detalles están reunidos juntos para magnificar el poder, la gloria, la sabiduría y el esplendor del amor divino. David notó esto profundamente en su corazón y por eso exclamó: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y la expansión manifiesta la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche."

La ley divina se descompone en diferentes partes, teniendo todas una misma base y convergiendo a un mismo fin. Hay una ley para la química, una ley para la mecánica, una ley de asimilación y otra de desasimilación, etc. Todas estas leyes son derivadas de la ley inmutable del Eterno, la ley universal, que quiere que cada cosa exista para el bien de la otra, y que todas tengan comunión entre sí.

Esa armonía y su base de servicios recíprocos, que dirigen todo en el universo, son especificadas en el primer capítulo del Mensaje a la Humanidad. Las he puesto de manifiesto en este capítulo, haciendo ver que el sol, que sin embargo está muy lejos de la tierra, tiene a pesar de todo mucho que ver con nuestro planeta. La luna tiene también algo que decir.

En el universo todas las cosas dependen unas de otras, y cada una no puede existir sin la otra. Si se produce una falta de comunión en cualquier dirección, hay inmediatamente

ruptura de armonía. Cuando la ley divina es respetada por todas partes, resulta de ella el estado de perfección.

En nuestro cuerpo, es exactamente lo mismo. Si le hacemos bien a nuestro organismo, reacciona de la buena manera; pero si lo maltratamos, reacciona en sentido opuesto. Para que la armonía sea completa en el organismo, y que resulten el bienestar y la prosperidad, es preciso que el cerebro esté de acuerdo con la ley que rige todo el cuerpo humano. Si el cerebro está en desarmonía, esto provoca reacciones muy desfavorables.

Por tanto, no es para nada lo mismo que tengamos buenos o malos pensamientos. Pues los buenos surten un efecto favorable en los nervios sensitivos del organismo, mientras que los malos provocan una reacción desastrosa. Es también así con las palabras y acciones. No solamente esto influencia toda nuestra individualidad, sino que también nos forma en una mentalidad que mantiene viva nuestra existencia, o que nos la destruye.

Nuestra mentalidad está constituida del cúmulo de impresiones que registramos en nuestro corazón. Actualmente, los seres humanos con sus pensamientos están en completo desacuerdo con la ley de su organismo. Por eso, todos descienden a la tumba.

Con el conocimiento de la ley universal, vemos como se desarrolla el plan de Dios con una claridad y un poder maravilloso; así podemos admirar sin reserva la inefable sabiduría con la cual este plan ha sido concebido por el Creador de todas las cosas.

El Hijo de Dios, nuestro querido Salvador, dio un grandioso testimonio del carácter del Eterno. Cumplió la voluntad de su Padre con una fidelidad a toda prueba. El nombre de Salvador que había recibido de parte de su Padre, lo ilustró prácticamente en su más noble y sublime esencia.

En su corazón sólo tuvo un pensamiento y un deseo: salvar a la humanidad, realizar una línea de conducta que pudiera procurar la salvación a todos los que la desearan. Durante su ministerio terrenal, nuestro querido Salvador fue completamente absorbido por su obra de abnegación y de amor; esto forzosamente produjo en él una equivalencia que se cristalizó en un carácter de una transparencia y de una pureza completas.

En efecto, todas las impresiones que dejamos penetrar en nuestro corazón llevan consigo su equivalencia. Para todo hay una equivalencia. Así para el mundo es muy desfavorable ser pobre, mas para el Reino de Dios es extraordinariamente ventajoso. En el mundo es una gran

desventaja buscar la justicia, mas en el Reino de Dios es una maravillosa fuente de bendición.

Entre todos los seres humanos que se han presentado para el llamado celestial, o para el llamado del Ejército del Eterno, no hay muchos ricos. Y podemos decir de los pobres que han querido seguir a nuestro querido Salvador, que su modesta situación ha sido para ellos una gran ventaja.

En efecto, ¿quién sabe si todos habrían podido, sin más ni más, poner riquezas y honores a un lado para seguir al Maestro? ¿Es que habrían podido liberarse fácilmente, como egoístas que quieren reformarse, de esas cargas problemáticas y molestas?

Es evidente que hay otras muchas cosas que conviene también dejar cuando se quiere realizar el programa del Reino. Los que son muy duros de corazón tienen que dejarse enternecer en la escuela de Cristo. Los que son sectarios, ensanchar su corazón para que en él pueda sentirse acogida toda la humanidad; pues con sentimientos egoístas no se puede ganar la carrera.

Todo tiene su importancia, porque todo tiene su equivalencia. No hay que tomar nada a la ligera, ni tampoco pensar ni hablar de una manera superficial. Por ejemplo, hay muchos amigos que me llaman "mensajero", pero que se conducen como si no estuvieran persuadidos de que lo sea.

Por tanto, su actitud conmigo no está en armonía con sus palabras. Es como acerca de nuestra actitud delante de nuestro querido Salvador. Si estamos persuadidos de que él es nuestro Salvador, como lo cantamos en nuestros cánticos, y como lo decimos en nuestras oraciones, entonces démosle gloria no sólo de palabras, sino también de hechos.

El adversario está de acuerdo en dejarnos hablar de nuestro querido Salvador, con tal de que pueda sugestionarnos a su antojo y emplearnos como títeres para hacer todo lo que quiera y para que sirvamos su causa.

Vemos, pues, cuán necesario es que nos guardemos nosotros mismos, para que haya siempre equilibrio entre lo que afirmamos y lo que hacemos. Hemos recibido el conocimiento de la verdad y nos beneficiamos de continuas enseñanzas, propias a permitarnos reformarnos completamente. Conviene, pues, que no permanezcamos los mismos, sino que el evangelio del Salvador pueda ejercer toda su acción en nosotros. Esta acción producirá el cambio completo de nuestro corazón.

Para esto es indispensable que seamos dóciles a la voz del Señor, que nos habla también por medio de las diferentes pruebas. Por tanto,

sería muy razonable saludarlas con alegría y gratitud, como el apóstol Santiago nos invita a hacerlo, o cuando menos aceptarlas con docilidad y buena voluntad, con un espíritu bien dispuesto. De lo contrario, demostramos que no estamos de acuerdo con los caminos de Dios, ni con el evangelio de Cristo.

El que no combate según el reglamento no comprende nada del programa divino. Ahora bien, combatir de una manera legal significa combatirse a sí mismo; en cambio, combatir fuera del programa es combatir al prójimo. Por tanto, no puede ser cuestión de querer albergar en nuestro corazón algún sentimiento de animosidad en contra de cualquiera que nos combata.

En definitiva, nuestros adversarios nos ayudan simplemente a desembarazarnos de nuestro carácter y a ver claro en nosotros de manera que podamos saber si somos acusadores o si nos conducimos como salvadores.

También tenemos magníficos puntos de referencia en el *Periódico para Todos* con las preguntas que se nos hacen cada semana. Pero, para esto, es necesario procurar vivirlas honradamente. Es sólo de esta manera cómo pueden sernos verdaderamente útiles y eficaces. De lo contrario, nos volvemos cada vez más hipócritas, porque conservamos los ídolos que tenemos en el corazón y falseamos cada vez más nuestra conciencia. Así permanecemos religiosos, o acabamos por serlo.

Si somos orgullosos, es preciso coger el toro por los cuernos, recibir con franqueza la humillación. Cuando se presenta, y no retirarnos para evitar la prueba, porque de esta manera nunca nos corregiríamos. Es lo mismo para todos los rasgos de carácter que queremos hacer desaparecer de nuestro corazón.

Si estamos verdaderamente deseosos de realizar los caminos divinos y cambiar de carácter, no temeremos las humillaciones, puesto que su finalidad es librarnos de nuestro orgullo, que nos impediría entrar en el Reino de Dios. Dios resiste a los orgullosos, mas da gracia a los humildes. Por tanto, es preciso que recibamos con un espíritu bien dispuesto las diversas humillaciones que puedan presentarse delante de nosotros.

Naturalmente, si no estamos suficientemente decididos a aprender las lecciones, ofreceremos mucha resistencia a los toques de atención. No obstante, si el Señor deja venir la prueba, es precisamente porque es indispensable; si no fuera útil, la impediría.

Lo que el Eterno permite es solamente para la bendición. Siempre es para ayudarnos a adquirir el nuevo nombre que les corresponde llevar a todos los verdaderos hijos de Dios. Si hacemos constantes esfuerzos para que el nuevo nombre se inscriba en nuestra alma, y si estamos resueltos a pasar por todas las etapas necesarias para lograrlo, nos beneficiaremos de la protección y de la gracia divinas en todos nuestros caminos.

En cuanto a los miembros del Ejército del Eterno, no están llamados al sacrificio de su vida como el pequeño rebaño; sin embargo, para alcanzar el objetivo de la vida eterna, es preciso de todos modos que ellos atraviesen el Jordán. Esta travesía representa el renunciamiento a sí mismos y a su vieja mentalidad. Es solamente así cómo pueden adquirir la bendición que les está reservada.

En cambio, los sacerdotes deben permanecer en el Jordán hasta que haya pasado todo el pueblo de Dios. Esto simboliza la muerte lite-

ral por la que ha de pasar el pequeño rebaño. Estas son imágenes propias para ilustrarnos maravillosamente el papel que corresponde a los miembros del cuerpo de Cristo o a los del santo Ejército del Eterno.

Para nosotros, pues, se trata de vivir con fidelidad el programa divino, a fin de que el carácter manifestado sea la expresión del nuevo nombre adquirido en nuestra alma. Como lo vemos, el modo de proceder empleado por el Eterno para conducirnos a la meta es maravilloso. Por eso, ¡cuán ventajoso es para nosotros entregarnos completamente en las manos del Eterno y dejarnos conducir dócilmente por su mano amable y benevolente! Es seguro que esto trae consigo sumisión y buena voluntad, porque el cambio de nuestro carácter no se opera en un día ni sin dificultades.

Cambiar a un egoísta en un altruista no es una diversión, sino que es una obra de perseverancia y de fe. Sólo puede operarse pasando por las diversas pruebas indispensables para que todos los rasgos de egoísmo que tenemos en nosotros sean poco a poco localizados, alejados, vencidos y borrados.

A veces, me he encontrado en ciertas situaciones en las cuales sentía alboroto en mi corazón. Entonces me encaré conmigo mismo y me dije: "¿Por qué no está contenta su majestad? ¿Qué ingratitud después de haber recibido tanta benevolencia y ternura de parte del Eterno! ¡Se presenta una pequeña dificultad y he aquí que todas las gracias divinas se volatilizan, y que el malhumor se manifiesta! ¡Qué vil y espantoso carácter!"

Cuando reflexionamos así, podemos localizar más fácilmente la sugestión y vencerla. Si queremos ganar la victoria, procuremos considerar las cosas bajo su verdadero aspecto y entrar resueltamente en la refriega, sin intentar escatimar el viejo hombre. Nada debe sernos demasiado duro ni molesto para desembarazarnos de nuestro egoísmo, porque es un veneno que nos hace morir.

El Señor tiene con nosotros toda la paciencia que necesitan nuestro carácter deformado y nuestra debilidad. El quiere dirigirnos amablemente y conducirnos con seguridad a la meta si nos dejamos educar por su gracia. El está deseoso de darnos todo el aliento que necesitamos.

A veces, al principio de la carrera es posible que experimentemos arrebatos de desaliento, al darnos cuenta de cuán pobres y miserables somos. Entonces, como el apóstol Pablo exclamamos: "¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte?" Pero luego podemos también afirmar como él: "Gracias doy a Dios, me es asegurada la rehabilitación por Jesucristo nuestro querido Salvador".

El Señor nos invita a tener confianza en él y paciencia con nosotros mismos. De vez en cuando nos da un amable apretón de manos, que nos hace sentir toda su ternura, toda su compasión y su bienhechora simpatía. Esto nos reconforta, nos regocija y nos vivifica maravillosamente en el buen combate de la fe, para lograr adquirir el nuevo nombre y expresar el carácter divino en todos nuestros pensamientos, palabras y acciones.

La ayuda y el socorro del Eterno nunca faltan. El vela sobre nosotros con una infinita benevolencia. "No duerme ni cabecea, el que guarda a Israel", dicen las Escrituras hablando del querido pueblo de Dios. Por tanto, no tenemos nada que temer, pero es menester confiar nuestra suerte en manos del Eterno. El quiere darnos el querer y el hacer.

Si estamos en la nota, podemos sentir la presencia del Señor. En el momento del peligro experimentamos una sensación inefable de seguridad, la cual nos viene de la profunda impresión de que el Eterno está a nuestra diestra y que con El no podemos vacilar. Esto necesita la sensibilidad del corazón, que sólo obtenemos buscando asidua y sinceramente la comunión divina.

Es un inefable y grandioso honor poder realizar una íntima comunión con nuestro Padre celestial. Deberíamos apreciar este privilegio sobre cualquier otra cosa y conducirnos de tal manera que no saliéramos nunca de esta gloriosa situación, que es la condición de un verdadero hijo de Dios.

La comunión divina es la cosa esencial, que pasa antes de cualquier otra cosa. Nada en el mundo es tan importante como esto. En efecto, el hombre necesita tres circulaciones para permanecer vivo. La más importante de estas tres circulaciones es el espíritu de vida o espíritu de Dios. Con las otras dos circulaciones podemos vivir cierto tiempo, pero la tercera es indispensable para una vida durable.

La educación que recibimos por la gracia divina es para formar en nosotros un carácter completamente nuevo, a la semejanza del carácter del Hijo muy amado de Dios. Es lo que la Biblia llama el nuevo nombre, y que conviene recibir y llevar con dignidad.

Por tanto, debemos trabajar con ardor en borrar todos los falsos nombres que llevamos aún a causa de nuestros malos rasgos de carácter. Así sólo manifestaremos el nuevo nombre que resulta del florecimiento del hombre nuevo, creado a la imagen de Dios.

Esforcémonos, pues, en realizar en el fondo de nuestros corazones la grandiosa educación que nos es dada en la escuela de Cristo, para que podamos alcanzar la dignidad de un hijo de Dios con el carácter que expresamos. Para esto es preciso que continuamente nos mantengamos bajo la amable directiva que nos es ofrecida por la influencia del espíritu de Dios, que llamamos la fe.

No confundamos la fe con la credulidad. La credulidad sirve para sostener nuestros falsos nombres que nos hacen morir; en cambio, la fe verdadera, con la santidad de la conducta y la piedad nos permite alcanzar el nuevo nombre, el cual revela a un hijo de Dios.

Preguntas para el cambio – del carácter –

1. ¿Hemos reaccionado en la prueba con bondad, misericordia y sido un ejemplo en pensamientos, palabras y acciones?
2. ¿Hemos sido altruistas, desinteresados, sólo tenido reflejos divinos, combatido el egoísmo, el orgullo y renunciado fácilmente?
3. ¿Han sido nuestros pensamientos veraces y equilibrados, nuestros sentimientos afectuosos, humildes y abnegados?
4. ¿Hemos sido un rayo de luz, combatido honradamente la dureza y la religiosidad?
5. ¿Hemos podido vencer las sugestiones del adversario, sido valientes y activos en el combate y un miembro viviente en la asamblea?
6. ¿Cuáles han sido nuestros progresos en la sinceridad, nuestras victorias sobre la tibieza, la suspicacia y la pereza espiritual?